

V

En el momento en que tornó á quedar postrado, vió con ojos sorprendidos la imagen de Aurora á través de su llanto. Pendiente del muro en el aposento mortuorio, había un espejo de gran tamaño, donde se reproducía neta y clara la figura de la muerta. Y el viudo le veía por el claro de la puerta.

Yacía su amada tendida en el lecho, con la faz vuelta al cielo, inmóvil, con la inmovilidad olímpica de la tumba, y con los ojos entreabiertos, como si viese desde la otra vida lo que pasara en ésta.

Blanda y amorosa era la expresión de sus facciones; parecía que consolaba á los circunstantes dándoles á comprender que no debía ser llorada, sino envidiada, porque estaba en posesión de la dicha. Habíanle puesto el traje nupcial, como para significar que su alma se había desposado con el ensueño; y en las manos ateridas oprimía un Crucifijo, como si fuese una palma de triunfo. Enlazada á la cabellera rubia mostraba la corona

de boda, y los blancos azahares que asomaban entre los rizos, semejaban diadema de luceros en torno de su frente de bienaventurada.

Crecían y decrecían chisporroteando las llamas de los blandones, y el movimiento de luz y sombra que se dibujaba en el rostro del cadáver, producía extrañas transformaciones. Parecía á veces que Aurora respiraba, ó que movía los párpados levemente, ó que plegaba los labios con dulzura; pero la rigidez de los miembros y la pétrea inmovilidad del pecho desvanecían las ilusiones ópticas del deseo. El silencio de la noche, la luz de los cirios, el no interrumpido rumor del rezo, y aquel cuadro semi-real y semi-fantástico que el espejo retrataba, parecían hechos á propósito para herir la imaginación de una manera indeleble.

A la madrugada fué llevada la caja mortuoria, y Miguel, queriendo apurar hasta las heces el cáliz del dolor, no lanzó al verla ni un sollozo. Piadosas mujeres tomaron en brazos el cuerpo de Aurora y le depositaron en el ataúd. Al ajustar la tapa, hubo que hacer uso del martillo. Miguel oyó como un trueno tempestuoso repercutido por los ecos.

Le pareció que aquella masa de hierro se descargaba sobre sus sienes; vió girar un gran disco luminoso y quedó sin sentido.

VI

Cuando volvió en sí, todo había terminado. La casa estaba más lúgubre y silenciosa que nunca. Faltaba en ella el cadáver de Aurora, último resto de pasadas dichas.

En vano pretendieron consolarle deudos y amigos, pues no quería ser consolado, aferrado á su dolor con rabia suicida. No hablaba: estaba hosco y sombrío. Hubiérase dicho que alguien le hubiera agraviado; parecía irritado contra el destino. No lloraba ya; su corazón seco latía con ritmo desigual, como péndulo desconpuesto.

Sólo junto á la cuna de su hijo volvió á encontrar el raudal de sus lágrimas. Ahí lloró por aquella pobre criatura, por su pequeñez, por su debilidad, por su abandono. El semblante risueño de aquel ángel le enterneció más de lo que le hubiera conmovido su llanto. ¡Pobre niño! Reía contento como si no hubiese perdido un gran tesoro, como

si no hubiese perdido á su madre, como si no fuese huérfano. Al pronunciar la palabra *huérfano*, formábasele un nudo en la garganta, y echábase á llorar sin consuelo. ¡Qué vida tan triste la de aquel niño desde su más tierna edad! Para él no habría las exquisitas ternuras, los minuciosos cuidados que disfrutaban los otros, hasta los más obscuros, hasta los más pobres. Su cunita no se mecería al arrullo de suaves cantos, ni al despertar recibiría en la frente besos frescos y tiernos. Comprendía la necesidad de consagrarse más que nunca al amor y al cuidado de aquel inocente, para remediar en cuanto fuera posible el golpe de la desgracia; tenía que desplegar á su lado la tierna solícitud de una madre, porque su hijo no la tenía, y debía ser para él padre y madre al mismo tiempo.

Siempre que se entregaba á estas reflexiones en presencia de su hijo, renovábanse de tal manera sus dolores, que sollozaba y lloraba con arrebató. Y el niño sobresaltado al oír sus lamentos, se echaba también á llorar; y el joven viudo mirábase precisado á alejarse de la cuna para no asustar á la pobre criatura.

VII

Desde el día en que el cadáver de Aurora fué conducido al cementerio, instalóse Miguel en el aposento de su esposa, ocupando su mismo lecho, y reclinando la cabeza en sus mismas almohadas.

Aquel reducido espacio donde había sido tan dichoso durante breve tiempo, aquellos objetos que habían pertenecido á Aurora, todo aquel pequeño mundo impregnado de su recuerdo, le eran á la par congojosos y gratos; si le hubieran ofrecido un reino por él, lo habría rechazado con indignación.

El espejo era uno de los objetos que más apreciaba y veneraba. Diariamente permanecía ante él horas enteras, mirándole obstinado, como si esperase que reprodujera de nuevo el cuadro de aquella noche fúnebre. Pero, como á nadie revelaba sus pensamientos, nadie podía comprender la causa de su extraña insistencia.

—¡Volviera yo á ver á mi querida Aurora, se decía, aunque fuera una vez sola, aunque fuera tal como la ví aquella horrible noche en que estaba tendida en su lecho de muer-

te; No me causaría espanto su aparición, porque mi amor es más grande que cualquier otro sentimiento, y ni el asombro ni el terror podrían sofocar en mi corazón la alegría de tornar á verla!

Y en efecto, deseaba tener alguna visión de Aurora y adrede se exaltaba la imaginación esperando que ésta crease alguna vez la sombra de su inolvidable esposa. Pero en vano esperó un día y otro el prodigio; se convenció con despecho de que los cuentos de aparecidos que andan en boca del vulgo, no son mas que invenciones de la superstición y del miedo.

Entretanto, el tiempo continuaba pasando con vuelo rápido. Transecurrieron días, semanas y meses. La desesperación de los primeros momentos, el agudo dolor que acompañó á la catástrofe, fueron embotándose poco á poco. Hubiera sido imposible vivir en medio de aquellos tormentos; la naturaleza suaviza con el tiempo las grandes angustias del alma, y los grandes sufrimientos del cuerpo. Las fuerzas vitales se revelan energías contra todo principio destructor.

¡Ah barro miserable, eternamente
No podrás ni aun sufrir!

A aquella insoportable amargura sucedió un abatimiento profundo; era el cansancio del espíritu y del cuerpo, consiguiente á tan violenta sacudida. En esa situación, todo lo veía Miguel á través de un velo tan obscuro, que el mundo que le rodeaba le parecía de sombras, y todas las cosas fantasmas de niebla y humo. No valía la pena de elevar la frente para pensar, ni de abrir los ojos para ver, ni de levantar la mano para obrar, en medio de un mundo tan vano y deleznable. La lucha y el reposo, el afán ó la inercia, todo se reducía á una vana ilusión, supuesto que el soplo de la muerte barre del mundo en un momento las acciones humanas, grandes ó mezquinas, como barre el huracán las nubes del horizonte, ora sean negras como la tempestad, ora doradas como la cabellera del sol.

Sumido en aquel desaliento, hubiera deseado morir, á no ser por su hijo. Por más desconsoladoras que fuesen sus ideas sobre la vida, comprendía que aquel abatimiento era una carga que debía sobrellevar, en obsequio y para protección de aquel inocente. Aceptaba la vida como un deber, como un sacrificio. Y así como el amor conduce á los

amantes á decirse: *te amo tanto que por tí soy capaz de arrostrar la muerte*; la paternidad obligaba á Miguel á decir á su hijo, con el espíritu lleno de sombras y entre suspiros: *te amo tanto que sólo por tí soy capaz de arrostrar la vida*.

Aquel niño era la única raíz, por decirlo así, que mantenía la vida de Miguel adherida á la tierra; pero bastaba para que el desconsolado joven procurase conservarse. Su abnegación, por otra parte, se veía bien recompensada. ¡Era aquel niño tan bello y tan dulce! ¡Se parecía tanto á su madre! ¡Era tan gracioso y alegre! Cuando veía á Miguel, tendíale las manecitas sonrosadas, sonriendo como un ángel y haciendo ese gorjeo sin palabras, que nada dice, pero que tanto significa. El viudo tomaba á su hijo en brazos, le acariciaba, le besaba, le bañaba de lágrimas. ¡Cuán contenta estaría Aurora si le viera! ¡Tal vez no le reconocería! ¡Como que había crecido tanto, y se había puest o tan hermoso!

Así, merced á los esfuerzos de la naturaleza, al amor del niño y á la obra del tiempo, fuese realizando paulatinamente en el espíritu de Miguel una nueva transforma-

ción. La desesperación que se había convertido en abatimiento, degeneró gradualmente en melancolía. El recuerdo de Aurora, fijo siempre en el corazón del esposo solitario, ya no le hacía sentir los tormentos de la agonía; le hacía, sí, sufrir, pero de una manera suave y romántica. Aun podía decirse que aquella tristeza que le embargaba era dulce, pues, si le sofocaba el pecho y hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas, producía en él cierta languidez ó embriaguez dolorosas que no carecían de encanto.

Ya no miraba su pasado como una realidad, sino como un sueño. Su vida anterior era para él una ilusión sonrosada, y Aurora un fantasma misterioso formado de luz, que había cruzado por su mente en medio de un éxtasis delicioso. Poetizado de esta manera su dolor, hízose más soportable; y tal encanto hallaba en su melancolía que buscaba de propósito el medio de avivar aquellos recuerdos, que le hacían caer en tan sabrosos deliquios.

VIII

Así transecurrió un año. La existencia de Miguel había vuelto á encontrar su equili-

brio. Metodizado, por decirlo a sí, su dolor, no alarmaba ya á nadie; podía ser compañero de su vida, por larga que Dios se la concediese.

En tal situación se hallaban las cosas, cuando ocurrió un acontecimiento imprevisto. Vino á la ciudad por aquellos días una hermana del viudo, y se alojó en la casa de éste en compañía del esposo y de una su cuñada llamada Rosa.

Era Rosa una joven de dieciocho años, por todo extremo graciosa. Tenía un cutis tan terso y moreno como el de las italianas, y unos ojos tan grandes y oscuros como el de las españolas. Castaño, abundante y lustroso era su pelo, y ya fuera que lo peinase con esmero, ó que lo dejase caer negligentemente por los hombros, daba á su fisonomía un encanto indecible. Parecía que la vida y la alegría brotaban á su lado: rebosaba frescura y juventud; era una naturaleza privilegiada, nacida para recibir la dicha y para irradiarla.

Pocos días habían pasado desde que Miguel vivía en aquella sociedad, cuando echó de ver que hallaba demasiado contento en estar cerca de Rosa, que sus ojos gustaban

encontrarse con los de ella y que conceptuaba dulce su acento, armoniosa su risa, y llena de atractivos toda su persona. Al hacer esta observación, hirió su pecho el remordimiento con agudo aguijón, y voló á refugiarse al lado de su hijo, tan azorado como si hubiera cometido un delito.

Pero su hermana, por amor á él, habíase propuesto atizar ese mismo afecto que él trataba de esquivar; y surgieron no pocos incidentes, en que la fidelidad y la circunspección de Miguel se vieran sujetas á dura prueba por las artes femeninas.

Rosa había adivinado ó no el proyecto de su cuñada; pero hacía tales cosas, que parecía existir entre ellas una combinación concertada. La situación de Miguel se hizo de día en día más difícil. La simpatía que Rosa le inspiraba fué creciendo. A cada instante descubría en ella nuevas gracias, y se sentía más avasallado por sus encantos; pero se mantenía severo y callado, y sus palabras no traicionaban las fieras luchas de su corazón. ¡Cuántas veces, cansado de la brega, corría furioso á encerrarse en su aposento ó iba á ampararse á la sombra de la cuna! Pero todo fué inútil; aquel afecto naciente

fué haciéndose más y más irresistible. En vano llamaba en su auxilio los recuerdos de Aurora; estaban vivos en su corazón, pero bajo una forma tan dulce y mística, que en nada estorbaban la formación de un nuevo amor.

Un día díjole su hermana:

—He notado que huyes de Rosa.

—¿Sí? repuso Miguel afectando indiferencia.

—Sí, continuó la hermana, pero no lo haces por distracción, sino por sistema. Mi marido y Rosa lo han observado, y están muy resentidos.

—Tal vez me toman por hombre mal educado.

—En cuanto á Rosa, mucho me temo que así sea. Como te apartas de ella frecuentemente dejándola con la palabra en la boca, ó le das la espalda, ó le contestas con dureza, ella, la pobrecilla, se va á llorar donde nadie la vea. La he sorprendido varias veces con las lágrimas en los ojos.

—Soy un insensato, repuso Miguel, harta razón tiene ella para pensar que soy un mal hombre; pero, hermana, debes disculparme. Si esquivo su trato, es porque me

hace un efecto singular, y tan hondo, que me parece un crimen después de la muerte de Aurora. Si esa joven no fuese tan encantadora, sería más cortés con ella.

—Es necesario que no te ofusques. Supón que te enamoraras de Rosa. ¿Qué mal habría en ello? ¿No es bonita? ¿No es inteligente? ¿No es buena? Sería excelente esposa y querría mucho á tu hijo.

—No me hables de eso. Juré á Aurora no volver á amar, y no dar madrastra á mi hijo, y tengo que cumplirlo.

Riose la hermana de frases tan campanudas, y procuró persuadirle de que esos grandes obstáculos no valían gran cosa. El juramento sobre no amar era nulo, supuesto que no dependía de la voluntad el cumplirlo. En lo referente al niño, no había motivo para suponer que Rosa fuese un verdugo, sino antes bien para esperar fundadamente, que fuera un guardián angelical, dadas su educación, carácter y sentimientos.

Algo pudieron en el ánimo de Miguel aquellas razones, y desde aquel día comenzó á ser más accesible al trato de Rosa, la cual con tal motivo, desplegó todas sus gracias y encantos satisfecha y contenta de cambio tan visible.

De este modo fuese insensiblemente apoderando del corazón de Miguel ese amor nuevo. Ya no le rechazaba horrorizado, ya no le parecía un crimen. Buscaba argumentos para disculparse á sus propios ojos. Muerta Aurora, ¿en qué la agraviaba? Además, no la olvidaría jamás, pues era imposible que su dulce recuerdo se borrara del fondo de su alma. En cuanto á su hijo, encontraría en Rosa una segunda madre, pues los sentimientos de esta hermosa joven eran tan bellos como su semblante.

A pesar de sus reflexiones, sentíase turbado por el remordimiento. No podía ya entrar en su alcoba con tranquilidad. Todo en ella le recordaba á Aurora. Aquellos muebles, aquellas colgaduras, todos aquellos objetos tenían algo de su esposa, y parecía que de ellos salía una especie de rumor; voz confusa que semejaba queja y amenaza. Cuando se metía en el lecho, era acometido por accesos de miedo que le quitaban el sueño, figurándosele á veces que su mano extendida en la sombra iba á encontrar el cuerpo frío é inerte de su muerta compañera. El espejo le causaba mayor espanto todavía.

Cuando sus ojos tropezaban con él, los volvía á otra parte apresurado; durante la noche, dormía con la cara pegada al muro, para no tenerle delante.

Con todo, no se resolvía á cambiar de habitación; parecíale que abandonarla hubiera sido una ingratitud y una traición.

IX

Pero cuando se hallaba al lado de Rosa, todo lo olvidaba. Como era ella tan jovial y placentera, hacía que cuantos la rodeaban echaran en olvido sus cuitas, como el sol, cuando aparece en oriente, disipa los terrores de los espíritus acobardados por las sombras nocturnas.

Una noche, Miguel, al dejar la tertulia de familia, dirigióse al jardín maquinalmente. Temía la hora de entrar en su aposento, y quería alejar algunos momentos aquel instante.

Brillaba la luna como globo de nieve en el espacio, donde vagaban átomos de plata. Reposaban las plantas en sueño silencioso, sin que la más ténue ráfaga de viento las meciese. Las corolas de las flores aparecían

pálidas bajo los rayos del astro nocturno. Todo en derredor yacía envuelto en paz y en misterio.

La fuente que se deslizaba entre el follaje, hacía un murmullo acompasado, que convidaba á los sueños. Miguel se sentó junto á ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, se sumió en meditación profundísima. Pensaba en Aurora, en su hijo, en Rosa, y sus ideas eran á las veces tristes, á las veces alegres. Largo tiempo permaneció en aquel ensimismamiento, hasta que vino á sacarle de él, un rumor que percibió entre la arboleda. Fijó atentamente la mirada, y descubrió la silueta de una mujer. ¿Era su hermana ó era Rosa? ¡Oh! si fuera Rosa!

Y, en efecto, era Rosa. ¿Qué objeto la traía al jardín á aquella hora? ¿Venía por casualidad ó con deliberado propósito? Tal vez iba como él, á entregarse á sus sueños. Miguel se dirigió hacia ella, impelido por una fuerza superior á su voluntad; y con el corazón palpitante de emoción la dijo:

— ¡Rosa!

— Ella ahogó un grito de sorpresa é hizo ademán de alejarse.

—¿Cómo? prosiguió Miguel con dulzura, ¿se va vd.? ¿Le es á vd. molesta mi presencia?

—No, dijo Rosa con voz trémula, sino que es hora avanzada, y no debo estar aquí.

—Ya que la casualidad nos ha reunido, ¿le sería á vd. enojoso concederme algunos instantes?

—Sólo que sean breves.

—Pues bien—prosiguió Miguel con precipitación y apoderándose de una de sus manos, que ella le cedió sin reparo—tengo que decir á vd. muchas cosas, tantas, que no sé cómo expresarlas. Sin embargo, puédense reducir á muy pocas, á unas cuantas: amo á vd. con todo mi corazón, con toda mi vida.

Rosa no contestó:

—Usted calla, prosiguió Miguel. ¿Debo creer que ese silencio significa desvío? Conozco que no soy digno de vd. Tal vez soy un insensato, que ha enloquecido soñando venturas que Dios nunca ha de concederle.

Igual silencio sucedió á estas palabras; pero los labios de Rosa se agitaban como tratando de decir palabras que no osaba pronunciar.

—Rosa, insistió Miguel, es forzoso que vd. me diga si en el fondo del corazón abriga algún sentimiento que corresponda al mío; porque debo saberlo, tengo derecho de averiguarlo y es fuerza que lo sepa. ¿Me quiere vd.? ¿No le inspiro á vd. mas que desdén? Hable vd., en nombre del cielo.

—Ah—dijo Rosa, haciendo un grande esfuerzo, y con voz entrecortada y casi imperceptible.—¿Me pregunta vd. si le quiero? Le quiero desde antes que vd. me quisiera; desde que le conocí le quiero.

Y diciendo esto, se desprendió de la mano de Miguel, y se alejó corriendo con dirección á las habitaciones.

X

Al terminar el día en que se celebró el contrato civil, nuestro joven se encaminó á su aposento como á la media noche. No obstante su dicha, al encontrarse solo, sintióse sobrecojido por un sentimiento de profundo pavor, que le fué imposible vencer. Su infidelidad estaba consumada; había quebrantado su juramento.

Por extraña coincidencia viniéronse á la memoria en aquellos momentos, todos los detalles concernientes al fallecimiento de Aurora. ¡Quién le hubiera dicho entonces que había de ser tan traidor y tan ingrato!

Abrió la puerta de su estancia y arrojó en derredor una mirada medrosa. Aquella era la habitación de Aurora; allí había vivido; allí había muerto; allí moribunda había recibido su juramento de no volver á amar á otra mujer. Y ¿qué había sucedido? Había amado de nuevo y había tomado una segunda esposa. Estaba confuso y se sentía acreedor á castigo. ¿Así había correspondido á aquel amor tan tierno, tan grande, tan noble, que le había profesado Aurora? Ella lo veía desde la eternidad. ¡Qué vergüenza! ¿En donde se ocultaría á sus miradas?

Pensando estas cosas, se metió en el lecho hondamente preocupado, y mató la luz. Arrimó la cara á la pared, como de costumbre, y procuró dormirse. Bien pronto, á los pensamientos tristes, sucedieron los risueños, y lleno de emoción recordó los ojos de Rosa, y se le figuró verlos clavados en los suyos con indecible ternura. Y oyó el eco de aquella voz que le decía:

—Quiero á vd. desde antes que me quisiera; le quiero desde que le conocí.

Al fin quedóse dormido, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

Pasadas algunas horas de tranquilo sueño, despertó de improviso, como si una mano invisible le hubiese removido. Abrió los ojos pensando que alguien le había tocado, y con asombro notó que había luz en el cuarto. Por instinto volvió el rostro buscando el punto de donde partía la claridad.

Y sus ojos espantados se encontraron con aquel espejo que tanto le amedrentaba. Estaba iluminado; de ahí salía la claridad que iluminaba la estancia. La luz era rojiza, y la derramaban cuatro blandones reproducidos en la luna. En el espacio comprendido entre ellos mirábase una cama adornada con blancas colgaduras. Sobre el lecho estaba Aurora tendida, vestida con su traje nupcial, y con la corona de azahares en la cabeza. Su rostro lívido é inmóvil parecía contraído por gesto de profunda aflixió; y en sus luengas pestañas, que caían sobre las marchitas mejillas, brillaban gotas de lágrimas.

Sintió el viudo que la sangre se helaba en

sus venas, que el pelo se le erizaba y que sus dientes chocaban con estrépito. Se incorporó en el lecho con la mirada extraviada. En vano pretendió apartar los ojos de aquel cuadro; fuerza sobrenatural los llamaba y atraía. En vano pretendió gritar; la voz se ahogó en su convulsa garganta.

Desvaneci6se gradualmente la visi6n, y todo qued6 sumido otra vez en sombra profunda; pero poco á poco torn6 á iluminarse el espejo, y volvieron á delinearse los objetos. Y se presentó á la vista de Miguel dentro de aquel marco pavoroso, un nuevo cuadro neto y distinto, con todos los caracteres de la realidad.

Era el aposento de su hijo. El ni6o dormía tranquilamente en la cuna. Uno de sus brazos reposaba sobre la cabeza; los rizos de su pelo caían ondulando sobre sus mejillas; y sonreía en sue6os como si estuviese contemplando cosas muy hermosas.

De pronto apareci6 junto á la cuna del ni6o una forma blanca. Semejaba vapor leve; poco á poco fueron exclareci6ndose sus contornos. Era una mujer vestida de blanco. ¿Quién era? Fij6 en ella los ojos at6nitos. Era Aurora, tan pálida, tan sombría como

la había visto en su lecho mortuario. Se inclin6 sobre la cuna, fij6 los labios breve instante sobre la frente del ni6o, le tom6 en brazos, y se alej6 con la preciosa carga.

En esto se desvaneci6 la luz, y la habitaci6n qued6 sumida en la sombra.

XI

Permaneci6 aterrado Miguel por alg6n tiempo, con el semblante y los ojos vueltos hacia el espejo, en medio de las tinieblas. En el silencio de la noche, oíase su respiraci6n trabajosa y acompasada, como grito ahogado de angustia, y percibíase el ruido que hacían al chocar sus dientes convulsos. El lecho mismo, animado por el espasmo de su cuerpo, producía un repiqueteo siniestro.

Repuesto un tanto, pas6se la mano por la frente. ¿Había sido vÍctima de una pesadilla? Los horribles cuadros que había contemplado, ¿habían sido fruto de la alucinaci6n de un sue6o? No, estaba seguro de hallarse despierto. ¿Se había vuelto loco? Tal vez. De todos modos, lo que pasaba en su interior era horrible.

Encendió la bujía. Una idea fija le atormentaba: ¡ su hijo ! Saltó de la cama, tomó la luz, abrió la puerta y salió del aposento. Atravesó el ambulatorio desierto y obscuro, sin darse cuenta del viento frío que le azotaba el rostro y hacía vacilar la llama de la bujía.

Llegó á la estancia de su hijo, y anduvo de puntillas hacia la cuna, con el rostro tan pálido y trastornado como si acabase de cometer un crimen. Levantó las cortinas lleno de emoción, y se inclinó para dar un beso á la adorada criatura.

Pero sintiéndola rígida y helada, lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo como herido de rayo.

¡ El niño estaba muerto !



EN DILIGENCIA.
